

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

MEDEA BORELLI



¿Qué diré yo de Medea,
la artista de nombradía,
que al lado de su valía
pálido y pobre no sea?



— SUMARIO —

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Cabos sueltos*, por José de Diego.—*La esperanza*, por Ricardo J. Catarineu.—*¡Va de cuento!* por Vital Aza.—*Leda*, por José Estremera.—*¡Para nueve dos me faltan!* por José María Codolosa.—*Ripios*, por José María Almodobar.—*¡Monja ó casada!*, por Rafael García Santisteban.—*Periquín*, por José Zahonero.—*Chirigotas y Correspondencia*.
 GRABADOS.—*Medea-Borelli*, por Escaler.—*Los actores*, por Cilla.—*De Campoamor*, por Escaler.—*Por Teléfono y Pundonor*, por Cilla.—*Fida del moro Malo*, por Escaler.—*A donde hay miel...* por R. Lago.



¡Buena planta!

Me refiero á la del tabaco, cuyo cultivo va á introducirse en España, según las últimas noticias.

Y como en esta introducción—lo mismo que en las *introducciones* musicales—no dejará de haber sus *motivos*, urge examinarlos antes de todo.

¿Son los agricultores quienes han pedido esta innovación?

Porque, yéndoles tan mal con los cereales, las viñas y los olivos, no tendría nada de particular que pidiesen para sus tierras el fruto de los tabacales, por aquello de que «á mal dar, tomar tabaco.»

¿Habrá partido del gobierno la iniciativa?

Considérese, en apoyo de la presente hipótesis, que esta importación vegetal puede contrarrestar los efectos de la exportación humana, ó emigración, porque si á América se van nuestros hombres hechos y derechos, de América vendrán *chicotes* y más *chicotes*.

¿Son, quizás, los patriotas exaltados los promovedores de la idea?

No por nada, sino porque, á falta de españoles puros, no están de más los puros españoles.

¿Será todo una trama contra la Sociedad Arrendataria de Tabacos?

Porque como todas estas empresas són temibles por lo poderosas, bueno es que á la Tabacalera industrial le salga, á modo de contendiente, una Tabacalera agricultora.

De todos modos, las nuevas experiencias están llamadas a ponerse de moda y si en el siglo pasado Luis XVI, para fomentar el cultivo de la patata, se presentó ante su corte llevando en un ojal de la casaca la flor de esa planta utilísima que Parmentier nos trajo ¿quién se extrañaría de veruna noche en el Liceo las flores de tabaco luciendo en los fracs masculinos y en las cinturas femeniles?

Verdad es que la moda en las flores suele traer fatales consecuencias.

Ahí está el rojo clavel boulangerista y más atrás la flor de la patata—sinistro augurio en el pecho de Luis XVI—y mucho más remota, la guerra de las dos Rosas...

¡Buena la hacíamos si la flor del tabaco entraba en ganas de ponerse sobre la flor de lis!

Lléveme el diablo si el cultivo del tabaco no nos po-

ne á la cabeza ó, por lo menos, á la boca de la civilización.

Francia tiene humos; Alemania escupe por el colmillo; Rusia, Italia y Austria van sacando la misma hebra; los príncipes están *picados*; todas las naciones de Europa lucharán por chuparse la *breva*...

Dichosos nosotros si, por medio del tabaco, sabemos explotar esos instintos fumadores de nuestras hermanas, las demás naciones del continente.

El humo del tabaco ibérico hará que este país se eleve como un globo, mientras las potencias extranjeras exclaman saboreando con indolencia nuestros vegueros:

—¡Fumol!

Que en italiano quiere decir: ¡Fuimos!

Nada más á propósito que esta tierra caliente y soleada para cultivar la planta meridional, ni nada mejor que nuestro bendito suelo para dar color y aroma al tabaco.

Mirando los tabacales castellanos, podremos decir, modificando un poco la antigua frase:

—¡Aroma por todo!

No haya miedo de otra sublevación separatista.

Al quitar á la Habana y á sus contornos el monopolio de la producción tabacal, le habremos quitado su cualidad mas simpática ante la faz del mundo y ¿quién sabe si ese extremo occidental de Cuba que se llama Vuelta de Abajo, quedará oscurecido por los tabacales de Carabanchel, tambien de Abajo?

Si á los españoles les falta alguna vez, que ya les falta, una gallina que poner en el puchero de cada cual—como les deseaba á los franceses Enrique IV—quiera Dios que nunca les falte el simpático paquete de treinta y cinco y ¡que las vestales de mañana cuiden de mantener siempre vivo el fuego sagrado de los cigarros peninsulares!

—Dígame usted: ¿sólo van á cultivar el tabaco?

—¿Qué quiere V.? ¿que le cultiven con cerillas y todo?

—No, hombre; me refiero á otras plantas aromáticas que tambien podrían sembrarse: café, té, etcétera.

—Todo se andará, si señor; pierda usted cuidado.

—Ya decía yo...

—De seguro cultivaremos *té*, porque aquí somos muy aficionados al cultivo de las letras.

Hay gente que no fuma porque cree que con el tabaco hacen mil porquerías desde que lo recolectan hasta que lo venden en los estancos, pero el día que el libre cultivo se autorice y cada ciudadano pueda regar la aromática planta sembrada en macetas y puesta en el balcón, aumentará de un modo prodigioso el número de fumadores.

¿Quién se resiste á los encantos del tabaco casero?

—Tome usted; es de mi jardín—dirá un caballero al ofrecer á un amigo un puro de la industria doméstica.

—Y esta es de mi corral—contestará el amigo tirando una colilla.

—No sabía que tambien usted era tabacalero.

—No ¡si no lo soy! es que esa colilla la tiraron desde el tercer piso.

Como al fin y al cabo se trata de una novedad, hasta los tabacófilos más empedernidos desean que la semilla americana venga pronto á los campos españoles.

—A usted no le gusta el tabaco ¿verdad?

—Efectivamente, no puedo verlo.

—Entonces ¿por qué quiere V. que lo traigan?

—Por lo mismo ¡para dejarle plantado!

Abrigo la esperanza de que, por cariño á nuestros puros ó por miedo á nuestra nicotina, nos hagan lugar en el concierto europeo; mas aunque en el inmenso re-

dondel del continente no seamos ni monos sabios, siempre seremos los que hagamos las ovaciones.

Es decir, los que echemos los cigarros.

Lo cierto es que nada hay más simpático que el tabaco, y para probarlo, ahí va esa frase de Madame de Girardin, que debe grabarse en todas las expendedorías de la Arrendataria:

—«Si Promoteo hubiese robado el fuego del cielo para encender un cigarro, los Dioses le hubieran perdonado el robo.»

LUIS ROYO VILLA NOVA.

CABOS SUELTOS

A UN CRÍTICO.

Pues que el plagiar es método tan bueno y á tu vil condición tanto se ajusta, yo te plagio ahora á tí, que no te gusta más que *la fruta del cercado ajeno*.

Finges tal vez el corazón sereno, cual provocando á valerosa justa, pero yo, que conozco á quien te asusta, *por malo al mundo tu valor condeno*.

Si Dios por tal camino no te llama, con abrir á tu ingenio otro horizonte *¡cuanto más ayudaras á tu fama!*

Sigue el consejo, critiquillo, y ponte azada en mano á cultivar retama *donde tengan los brutos su Factonte*.

SOBRE MI PUERTA...

Acreeedor, que me tienes ojeriza, no entres, con aire de corcel, de un tranco, donde sólo hallarás, para algún banco, tres pies, algo brutales, de paliza.

Moza alegre, casada antojadiza, halla en hora feliz el paso franco: manos blancas no ofenden y un pié blanco resbala siempre en amorosa liza.

Pues, si el amor mi habitación ampara, á toda cuenta, á su *deber* atenta, le hace salir la cuentecita cara.

Que esta alcoba, cual Dios, es trino y una: jaula, para los pájaros de cuenta, mas para las palomas, nido y cuna.

AÑORANZAS

Como en profundo pozo rielara de la tarde el lucero rutilante, quisiera yo tu espíritu radiante tornar á ver en tu pupila clara.

Ya esta alma mía, de la tuya avara, volver no puede al escondrijo amante de aquella ave traidora que, inconstante, á picotazos de su hogar la echara.

Mas no me puedes arrancar la gloria de que aún, de cuerpo entero, en mi memoria se refleje tu espíritu desnudo,

cual si pisando sobre terso espejo, se viera el cielo en el gentil reflejo de la hostia blanca de tu pié menudo.

CONSULTA

Sois, Padre Santo, el gran jurisconsulto del código inmortal de Jesucristo, y me vais á explicar lo que no he visto con mi cegado entendimiento estulto.

Yo á nueve mandamientos rindo culto, mas al último un tanto me resisto: ¿está todo en el décimo previsto? *Consultor juris* sois y yo os consulto.

No deseando lo que tiene dueño, puede pasar que lo que dueño tiene muestre en ser nuestro excepcional empeño.

Si la paloma en gavián se trueca y el amor á las manos se nos viene... ¿qué murmurais? ¿se peca ó no se peca?

JOSÉ DE DIEGO.

LA ESPERANZA

Huérfana y sola, triste y desvalida, vas afrontando con valor gigante las luchas de la vida, escuchando una voz en cada herida que te dice: —¡Adelante!

Si despreciadas ves tus inquietudes (como yo he visto mi pasión secreta) por el mundo, no dudes

que te consolarás con tus virtudes, como yo con mis sueños de poeta...

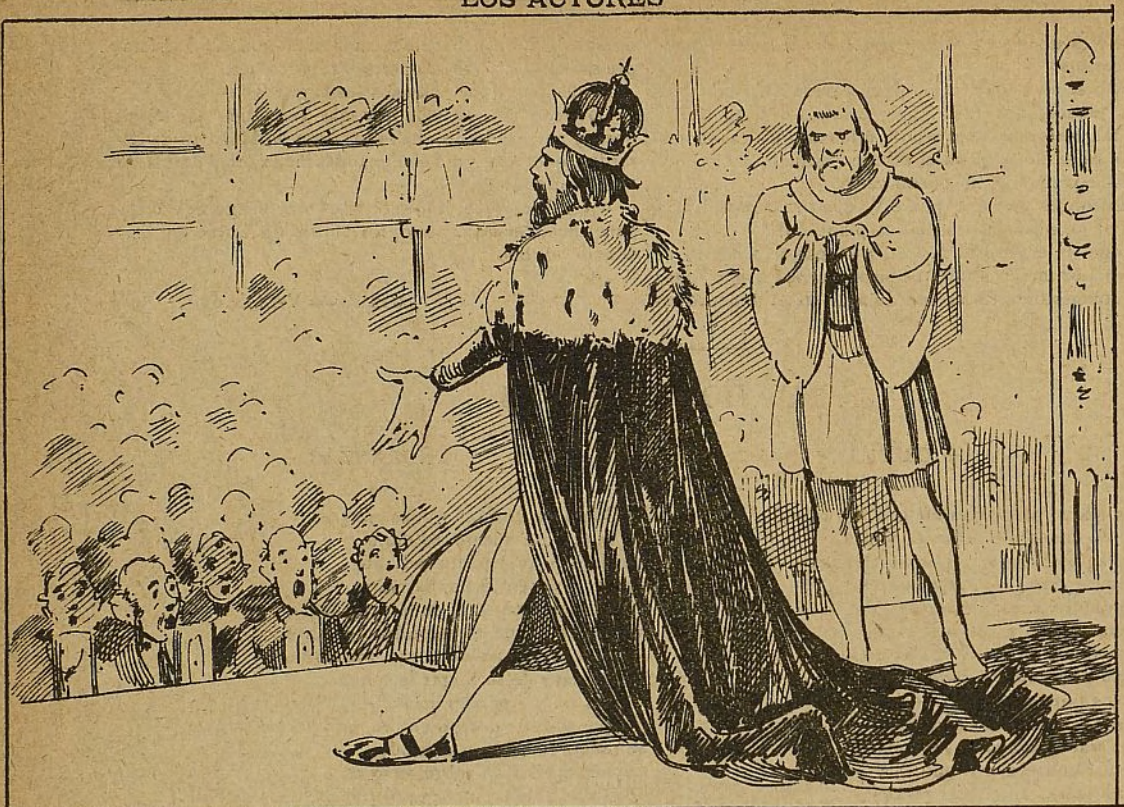
¿Quién tu virtud y tu dolor respeta? ¿quién vé mis sueños de color de rosa?

¡La fortuna coqueta

es en el mundo religión y diosa!

Nadie advierte en mis ojos apagados que á fuerza de llorar los tengo rojos; ¡nadie vé tus combates retratados en los profundos círculos morados, triste corona de tus dulces ojos!...

Por ley de raza nunca desmentida, las luchas de la vida sobrellevemos con valor gigante, y en cada nueva herida escuchemos la voz, la voz querida

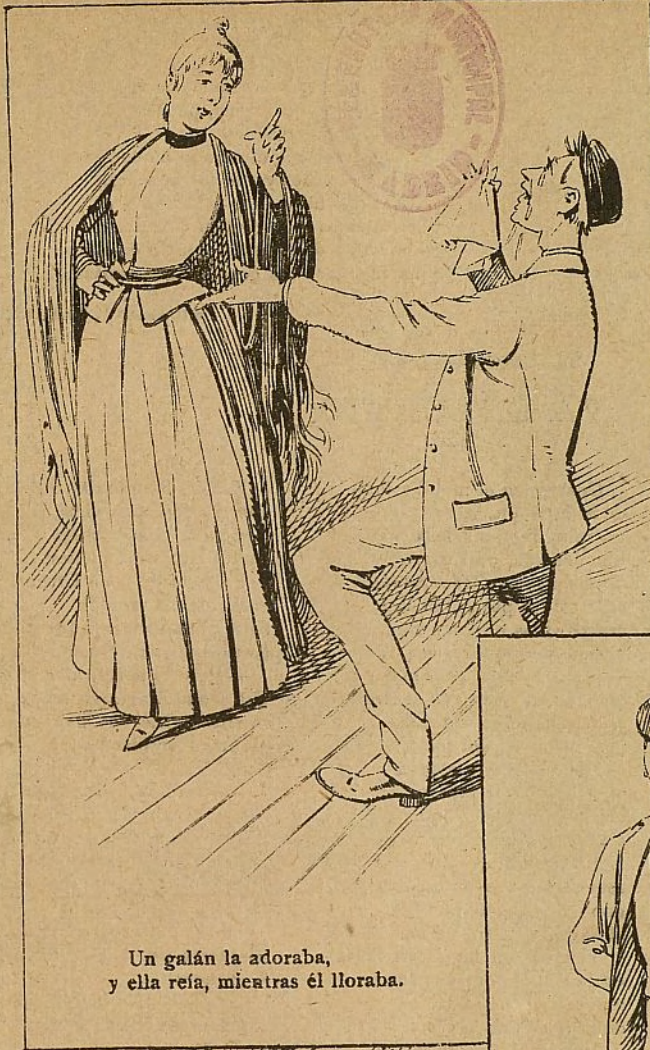


Los actores de ayer.

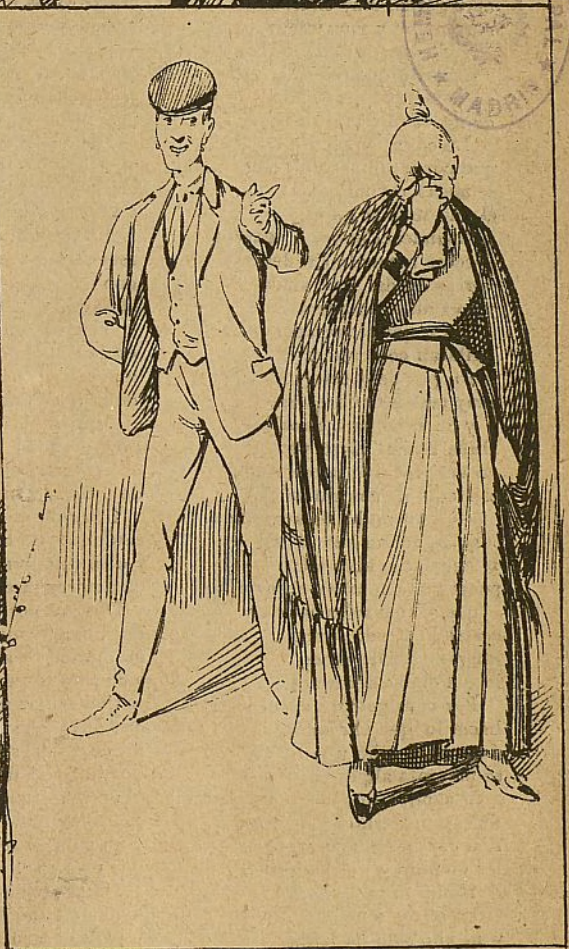
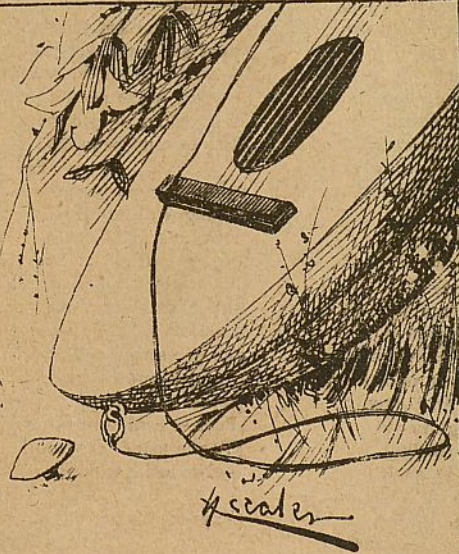


Los actores de hoy.

DE CAMPOAMOR



Un galán la adoraba,
y ella reía, mientras él lloraba.



Después de cierto día,
mientras ella lloraba, él se reía.

que nos dice:—¡Adelante!

Para tí misma es tu blasón tu historia,
y tus propias batallas tu consuelo...
Si triunfa tu virtud ¡qué mayor gloria?
Y si sabes amar ¡qué mejor cielo?...

¡Qué valen esas diosas de la tierra,
cuya mirada cínica te ultraja,
fácil juguete de volubles lazos,
mercancía de amor, botín de guerra,
estátua que se viste y que se alhaja
de su propia honradez con los pedazos?
¡Qué valen con sus galas mundanales,

su Edén ficticio y su fugaz belleza?
¡qué valen de lo mucho que tú vales
con sólo el capital de tu pureza?...

Tú, como yo, feliz en el olvido
y satisfecha de tí misma, puedes
esquivar las mercedes
de las glorias que el mundo ha construido
con falsos dioses y con falsas sedes...

¡Ah! ¡Luchemos sin calma
y levantemos la mirada al cielo!...
Si hay algo de inmortal dentro del alma
¡qué venganza tan grande! ¡qué consuelo!

RICARDO J. CATARINEU.

¡VA DE CUENTO!

En la coronada villa,
calle del Humilladero;
número ochenta, tercero
con honores de guardilla,
vive Doña Blanca Ortiz,
señora muy campechana,
muy gorda, muy charlatana,
muy pobre y muy infeliz,
viuda de un tal D. Silverio
Trigueros, que fué empleado
en no sé qué negociado
de no sé qué ministerio.

Lo cierto y seguro es
que por ir sin capa un día,
se murió de pulmonía
el año sesenta y tres;
dejando el pobre Trigueros
—como recuerdo sin duda—
varias deudas, una viuda
y tres niñas casaderas.

Tres, que si fueran bonitas
hallaran colocación;
pero, por desgracia, son
muy feas las pobrecitas,
y en vano para casarlas
Doña Blanca corre y suda;
no encuentra la pobre viuda
el medio de colocarlas.

—¡Esto no ha de ser eterno!
(dijo la madre hace días);
es necesario, hijas mías
pensar en que entra el invierno;
que si aquí solas estamos
cosiendo á todo coser,
ninguno puede saber
lo que todas deseamos.

Por consiguiente, decido
hacer lo que *Cachupín*,
á ver si al cabo y al fin
se presenta algún partido.

Y aunque nos cueste un derroche,
de este invierno ya no pasa.
Nos quedaremos en casa
los domingos por la noche.

Hicieron la invitación,
llegó el día señalado,
y ni uno solo ha faltado
á tan grata reunión.

Nadie, por lo atenta, vale
lo que esta pobre mamá,
que anda de acá para allá
y habla y corre y entra y sale.

Componen el mobiliario
de la diminuta sala,
un reloj que no señala,
una cómoda, un armario,
dos marquesitas *tronadas*
(que así las puso el abuso);
cuatro sillas en buen uso
y siete perniquebradas,
un sofá (¡que Dios sabrá
los muelles que tiene dentro!)
y un velador en el centro
(del salón, no del sofá).

Hay en una rinconera
un acerico muy mono,
un busto de Pío Nono
y varias frutas de cera.

La cuestión del alumbrado
está á cargo de un quinqué,
con un tubo que no sé
si es que está roto ó manchado.

Y tiene, en fin, Doña Blasa
en la sala en que se engríe,
una estera que se ríe
de la dueña de la casa.

La gente, á decir verdad,
por lo que yo he conocido,
es de lo más escogido
de toda la vecindad.

Una señora muy flaca
con una niña muy seca,
y otra como una manteca
que va en busca de casaca.

Dos jóvenes delineantes
que buscan colocación,
un músico de afición
y cinco ó seis estudiantes

Una señora muy fina
que dicen que tiene estanco,
un sastre del sotabanco,
dos horteras de la esquina,
un señor que es oficial
cuarto ó quinto de Fomento,
y un cura de regimiento
que vive en el principal.

Nada olvidó Doña Blasa,
—que ella no falta á la moda;—
y para obsequiar á toda
la gente que honra su casa,
ha dispuesto con primor
—dándose á sí propia brillo—
en el obscuro pasillo
el *buffet* que es de rigor.

Buffet del que dan señales
una bandeja muy vieja,
y encima de la bandeja
cuatro copas desiguales;
y á falta de buen Champaña,
encuentra la reunión
agua pura á discreción
en un botijo de Ocaña.

—Pero, señores, ¿qué es esto?
dice Doña Blasa. ¿Estamos
en misa? ¡Qué! ¿no bailamos?
—¿Usted también?

—¡Por supuesto!
Vamos, pollos, ¿qué les pasa?
Niñas, quitad esa mesa.
¡Jesús! y cuanto me pesa
no tener piano en mi casa.

Pero no importa, ¡qué diablo!
¡Se tararea y en paz!
¡Vamos! ¡Si yo soy capaz!...
¡Sepárese usted, Don Pablo!

—¡Señora!
—¡No quiero riñas!
¿Sabe usted lo que le digo?
—¿Qué?

—Que cante usted conmigo,
para que bailen las niñas.
—¡Si no se puede, mamá!
—¿Que no se puede? ¡Por qué?
—¡Pues no lo está viendo usted?
Esto es muy pequeño.

—¡Ya!
pues entonces jugaremos
á juegos de prendas. ¡Si!
¡Déjenme ustedes á mí
que proponga! ¡A ver! ¡Pensemos!...
¡Mi memoria es tan infiel!
¡Por Dios! No arrimen ustedes
las sillas á las paredes,
que se estropea el papel.
¿Conque qué hacemos al fin?
¡Jesús! ¡Ahora que reparo!
¡Pues si está aquí don Genaro!
¡Toque usted el violín!
—¡No lo he traído!

—¿Qué escucho?
¡Vaya usted por él ahora!
—¡Vivo muy lejos, señora!
—¡Caramba! ¡Lo siento mucho!
—De veras que lo lamento!
¿Quién con música se aburre?
pero hombre, ¿á quién se le ocurre

venir sin el instrumento?
 ¡Pensemos en otra cosa!
 ¡No hemos de estarnos así!
 ¡Pues si no fuera por mí...
 ¡Ay! qué juventud tan sosa!
 ¡No inventan nada! ¡es chocante!
 ¿Qué es eso? ¿Han llamado?

¡Voy!

¡Al punto de vuelta estoy!
 ¡Si es don Frasquito! ¡Adelante!
 (El don Frasquito presente,
 es un señor malagueño,
 muy rechoncho, muy pequeño,
 muy feo y muy ocurrete.)
 —¡Pase usted aquí! ¡En qué ocasión
 tan oportuna ha llegado!
 ¡Es el hombre más salado!
 ¡Ya tenemos diversión!
 ¡Aquí! ¡Tome usted asiento!
 Niñas, señores, ¡chitito!
 ¡Vamos, señor don Frasquito,
 cuéntenos usted un cuento!
 —Señoras, ¡si yo no sé!
 —¡El que usted quiera!

—¡Si yo!...

—No me diga usted que no,
 porque me incomodará.
 Ocupe usted esta silla.
 ¡Mucho silencio un momento!
 —Pue señó, contaré er cuento
 de un sordao de Seviya.
 —¡Ese mismo, si señor!

¡Venga el cuento del soldado!
 Estando este hombre á mi lado,
 no comprendo el mal humor.
 —Pues señó, ¡vamos allá!
 Er sordao de mi cuento...
 —¡Aguarde usted un momento!
 Usted me dispensará.
 Luego seguirá contando.
 ¡Niña!

—Mamá, mande usted.

—Quítale luz al quinqué,
 que ese tubo se está ahumando.
 Prosiga usted, don Frasquito.
 —Pues señó, que ocurrió un día
 que mi sordao tenía...
 —¡Espere usted un poquito!
 Se me ha figurado oler
 que se quema el estofado.
 ¡La chica se habrá olvidado!..
 Con permiso, ¡voy á ver!..
 ¡Estoy de vuelta al momento!
 ¡Aguarde usted, D. Frasquito!

—¡Lo que me olía era el frito!
 ¡Vamos! ¡Siga usted el cuento.
 —Pues señó, que er caso fué
 que mi sordao...
 —¡Han llamado!

¡Si, si, no me he equivocado!
 ¿Quién será? ¡Perdone usted!
 ¡Si son las de Zaragata!
 ¡Vengan ustedes acá!

¿Cómo queda la mamá?
 ¿Por qué no viene la ingrata?
 ¿Sigue peor del flemón?
 ¿Se ha quedado en casa sola?
 ¿Qué tal, Rita? ¿Qué tal, Lola?
 ¿Qué tal, Luis? ¿Qué tal, Ramón?
 ¿En dónde está el otro hermano?
 ¿Se ha sabido de Mercedes?
 ¿Por qué no han venido ustedes
 un poquito más temprano?

(Sigue la buena señora
 con mil preguntas como estas,
 y en preguntas y respuestas
 se pasa más de una hora).

—¡Oigamos con interés
 al andaluz más salado!
 ¡Siga el cuento del soldado!
 —Pues, señó, que er caso es
 que mi general...

—¡Frasquito!

¡Ó ese es otro, ó no lo entiendo!
 ¿No ha empezado usted diciendo
 que era un soldado?

—¡El mesmito!

¡Era un sordao, si tal!
 pero desde que he empesao
 este cuento ¡mi sordao
 ha ascendido á general!

VITAL AZA.

LEDA.

Aquel joven de pelo rizado y barba no muy cuidada, que viste americana y pantalón oscuro, que con un pié en el suelo y otro sobre el diván fuma su pipa después de haber tomado una taza de café, es el célebre pintor Rafael. Todas las tardes viene á este café en cuanto acaba de almorzar, lee algún periódico, y después de haber pensado un rato en las musarañas, se va á su estudio á continuar sus trabajos.

En este momento, en que parece que contempla una bocanada de humo que asciende lentamente hasta ir á aumentar el color tostado del techo, piensa en una linda muchacha á quien hace dos meses ha abandonado, después de lo que yo contaría si quisiera murmurar, pero como cada uno puede hacer de su capa un sayo...

Vino á sacar de su meditación al joven artista un señor de cierta edad (si hablara de una mujer, no me atrevería á decir eso de *cierta edad*, porque en ellas suele ser incierta) y de aspecto bonachón, que le dijo, sentándose á su lado de improviso y dándole una palmada en el muslo:

—¡Mi querido artista! no sabe V. cuántos deseos tenía de verle.

—¡Amigo D. Cándido!—dijo el pintor, bajando la pierna que tenía sobre el diván—¿quiere Vd. tomar café?

—No, gracias.

—¿O una copita? ¿Ramón!—añade Rafael dando una palmada.

—No; ya sabe Vd. que no tomo nada entre horas.

El mozo se acerca, y pasando maquinalmente el paño por la mesa, dice:

—¿Qué manda Vd., D. Rafael?

—Que no le traigas nada á este señor.

—Está muy bien.

—¡Estos artistas siempre de bromas!—dice D. Cándido riendo y dando una palmada en la espalda de su compañero.—Pues señor—añade—tengo que dar á usted una noticia muy importante, para Vd. y para mí.

—¿Qué es ello?

Y D. Cándido, después de un corto silencio, durante el cual hace dar vueltas, entre sus dedos, á la caja de fósforos, que ayuda al artista á fumar su pipa, suspende su juegos y haciendo como que mira el rompecabezas de la citada caja, exclama con cierto énfasis:

—Me caso.

—¡Usted! Le doy la enhorabuena; pero no comprendo por qué esa noticia tan importante.

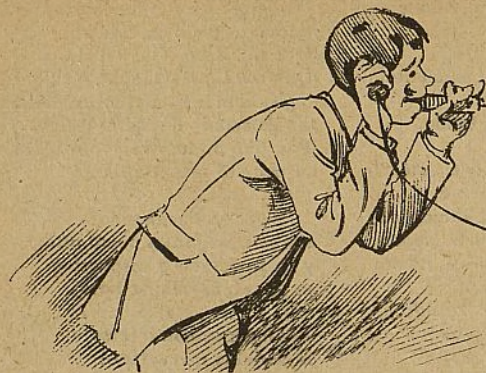
—Me explicaré. Ya sabe Vd. que siempre he sido defensor acérrimo del celibato, no porque el matrimonio no sea una institución provechosa para la salud, así del cuerpo como del alma, sino porque como uno ha corrido tanto, había llegado á convencerme de que no hay mujer que se case sin saber más de lo conveniente para la tranquilidad del marido; pero, amigo mío, vivir para ver; lo que yo creía imposible no lo era, y he topado con el único ejemplar de la mujer ignorante...

—¡Alto ahí! de mujeres ignorantes, le puedo á usted enseñar infinito número de ejemplares.

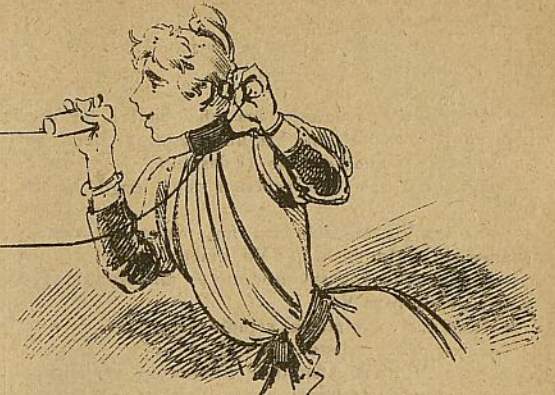
—Ya sabe Vd. lo que quiero decir,—añade D. Cándido con una sonrisa, que lo mismo expresa la gracia que cree que debe hacerle la ocurrencia de Rafael, que el disgusto de verse interrumpido por el deseo de hacer un chiste cuando él habla de cosas tan serias.—He encontrado—continúa—una mujer honesta, cándida, sencilla, mi bello ideal, en fin, y he determinado hacerla mi mujer, lo cual le conviene á Vd., porque al poner casa, quiero formar en ella un pequeño museo... Usted sabe mi afición á las bellas artes, y estoy reuniendo fir-

POR TELÉFONO.

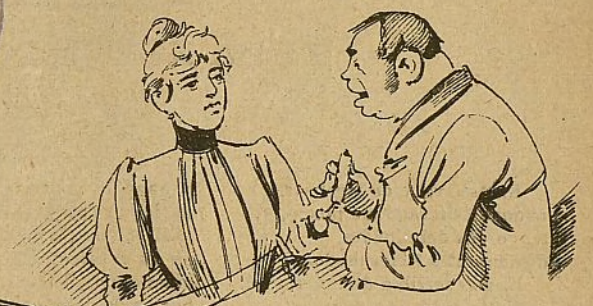
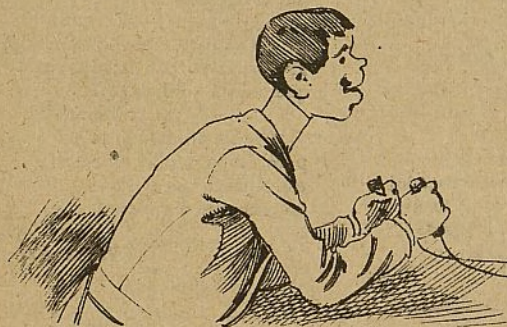
POR TELÉFONO.



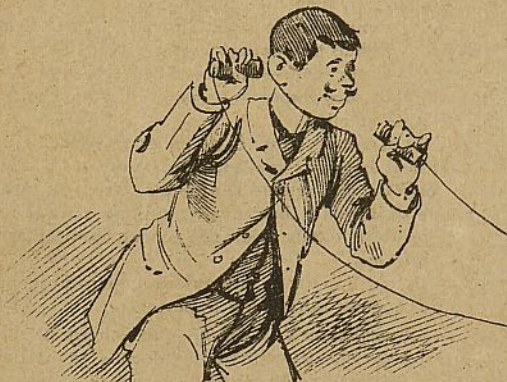
—Pues has de saber, Isabelita, que tu marido...



—¡Calla; por Dios, Pepe, que él llega!



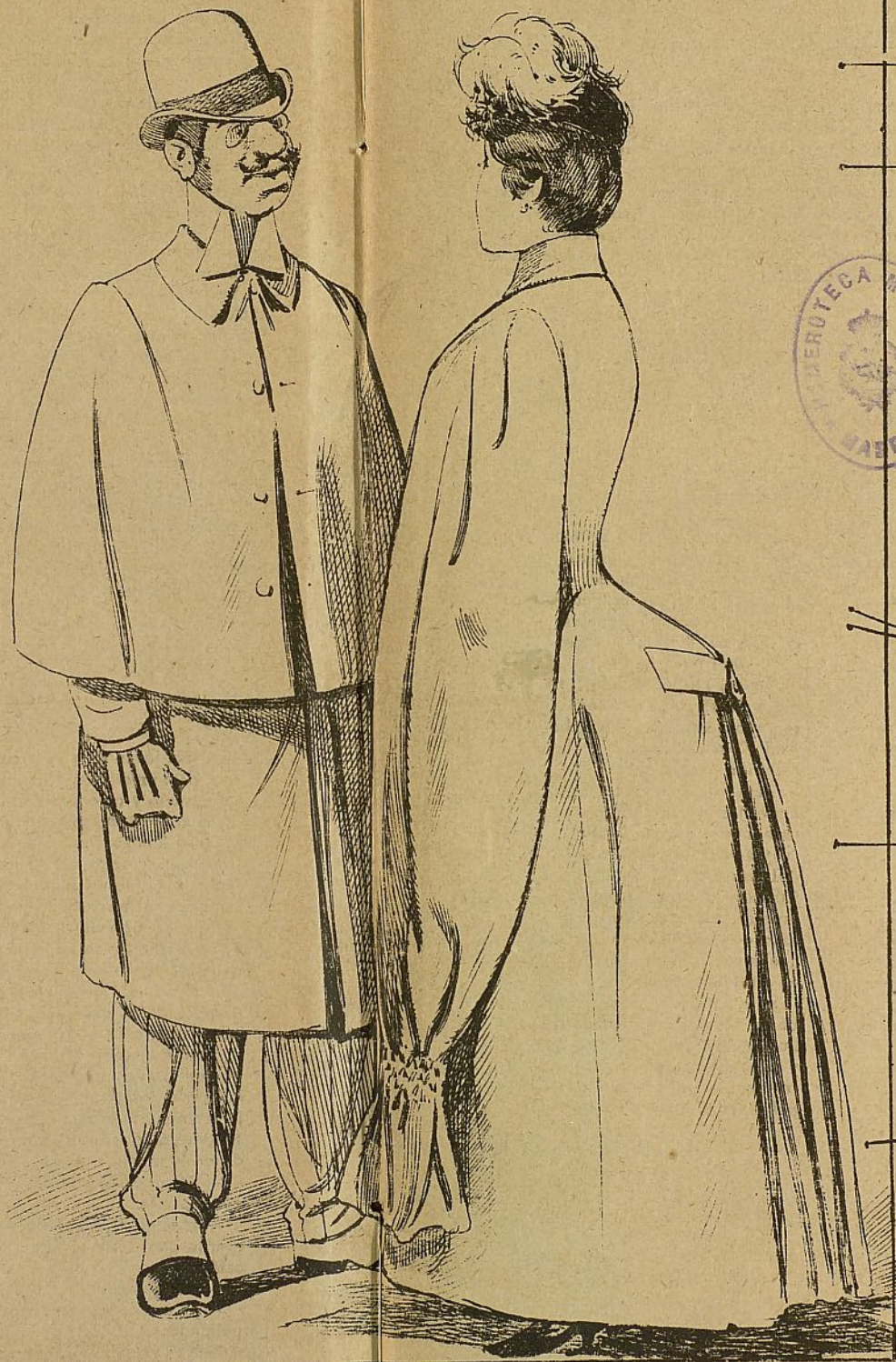
—¡Hola, hola! ¿telefonitos? ¿y con quien hablabas? Voy á saberlo.



—¡Ah! Ella llama otra vez.



—Pues te decía, vidita, que tu marido es muy cargante y que cualquier día le vamos á dar una dosis de arsénico para que reviente de una vez y aprenda á no fastidiarnos...



—Mira, nenito, he de suplicarte que otra vez, cuando haya gente delante, no me digas como ayer «¡adiós, querida!», porque ¡qué necesidad tienen los demás de saber...?



¡ !

mas de los primeros espadas, entre las que no quiero que me falte la de Vd.

—Usted me distingue.

—He oído hablar en casa de Hernandez, el que tiene la Exposición de cuadros...

—Sí, ya sé.

—Donde nos reunimos los aficionados; he oído hablar, digo, de que tiene Vd. una magnífica Leda, que es un prodigio como estudio de desnudo.

—Esas noticias me prueban que tengo buenos amigos.

—No sea Vd. modesto. En fin, me quedo con el cuadro sin verlo, en lo que Vd. quiera.

—Ya sabe Vd. que soy modesto en mis aspiraciones, y más siendo para Vd.

—Pues vamos, vamos al estudio en seguida.

—Estoy á sus órdenes.

Al salir del café, añadió el comprador, dejando la derecha al autor de Leda:

—Pues sí, señor, dentro de poco recibirá Vd. una

esquela, en la que se leerá: «D. Cándido Miraflores, participa á Vd. su efectuado enlace con doña Clara Cañamazo.... etc.»

—Pero ahora que recuerdo—añadió Rafael—lo siento mucho, pero no puedo venderle á V. el cuadro.

—¿Por qué?

—Por... porque... lo he vendido ya.

Trascurridos algunos días, recibió Rafael una carta en la que D. Cándido le pedía explicaciones de ciertas bromas que le gastaban sus amigos acerca de su mujer y de él (este *él* es Rafel; no confundir), y como el artista no contestase, un día se presentó D. Cándido en su estudio y apenas había entrado, se desmayó sobre un sofá, porque en el cuadro de *Leda*, en aquel prodigioso estudio del desnudo, había reconocido el retrato de la que ya era su señora.

JOSÉ ESTREMERÁ.

¡PARA NUEVE DOS ME FALTAN!

¡Voy á ver si las completo!

En este valle de lágrimas, aunque de formal me precio, tengo dos debilidades, dos enormes vicios tengo.

El más terrible de todos, al dictamen de los cuerdos, es dármeles de poeta y escribir insulsos versos.

El otro, más disculpable dado mi temperamento, es andar tras de amoríos, metido siempre en enredos.

La madre Venus y Apolo me traen tan descompuesto, que si por el dios me piro, por la diosa pierdo el seso.

El amor sin la poesía es para mí un gran defecto; la poesía sin amor es cosa que no comprendo.

Canten otros en buen hora de su patria los recuerdos y las preclaras hazañas de sus invictos guerreros.

Canten en místicas glosas los trovadores ascéticos los milagros de la Virgen y la encarnación del Verbo;

que yo, humano antes que todo, á mis instintos me atengo

y hago de una buena moza mi fé, mi patria y mi cielo.

Busco mis inspiraciones, no en el sacrosanto templo, ni en el ruinoso castillo, horror de pasados tiempos;

mas si en coralinos labios, en dulce sonrisa envueltos, que prometen con suspiros una eternidad de besos.

Me inspiran ojos que tienen de la gloria los destellos y con éflavios eróticos hacen del alma un incendio.

Trenzas de azabache ú oro, altivo y gracioso cuello, mejillas de primavera, breve talle y pies pigmeos.

Mis *musas* no son ficticias; son *musas* de carne y hueso, son seres que tienen vida, seres que templan mi plectro.

Es mi *Thalia* una chica más hermosa que un lucero, más sabrosa que la miel, más juguetona que el céfiro.

Mi *Erato* una peli-negra, toda pasión, toda fuego, que me mece con suspiros y hace derretir mi pecho.

Es mi *Euterpe* una modista que canta como un jilguero, y mi *Urania* una jamona que me enseña el... firmamento.

Mi *Polymnia* una andaluza... ¡viva la sal! ¡ay, qué cuerpo! ¡aquello es la maravilla, la flor del Hispano suelo!

En fin, es rubia mi *Clio*, más rubia que el mismo Febo y mi *Terpsicore*, una bailarina del Liceo.

Siete son las musas mías; nueve tenía Quevedo; para nueve dos me faltan, ¡voy á ver si las encuentro!

Lectoras de la SEMANA CÓMICA: decidme; ¿puedo esperar que entre vosotras haya dos tipos selectos que se presten á ser *Musas* de este misero coplero?

Si hay alguna que se preste, he de advertirle al momento, que aunque decidor y alegre y para postre soltero, soy por desventura mía pobre, enano, feo y viejo.

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

RIPIOS

I.

...¿Y sólo por sentirte algo nerviosa te figuras que estás enamorada? Pues eso no es amor: es otra cosa.

II.

No creas que es tan buena la vida de la pobre cortesana. Hay alguna infeliz que se envenena por no amar tanto, de tan mala gana.

III.

No creo, aunque lo jures, que estés loca,
porque sé que hay amores muy profundos
que no pasan jamás de vuestra boca.

IV.

Tan infeliz ha sido la Constanza,
que, á fuerza de vivir sin ilusiones,
ha muerto de deseos de esperanza.

V.

Yo sé que le hace daño que recojas,
al pasar cerca de ella, tu vestido...
Aunque esa pobre Rosa haya caído,
siempre tendrá sin lodo algunas hojas.

VI.

No estés tan sofocada
porque vas un poquito descotada
será un delito el enseñar el seno,
mas se perdona siempre, cuando es bueno.

VII.

Ya cambiarás de ideas al saber
que en la Grecia, de que hablas con tal juicio,
cuando un actor representaba el vicio,
se ponía careta de mujer.

VIII.

Ni creo en tu pudor ni creo en nada.
Lo único que creo, hermosa mía,
es que sabes ponerte colorada.

IX.

Las niñas, en amor, siempre son viejas.
Hay chiquilla que ve colgado un nido
y le llega el carmín á las orejas.

X.

Yo no estraño que estés enamorada
de un hombre que es tan feo,
porque sé que no hay nada
que tenga peor gusto que el deseo.

XI.

De esa que ha muerto sin haber querido.
No digas que murió, pues no ha vivido,

XII.

El amor es mentira, hermosa Rita:
pero es una mentira muy bonita.

XIII.

Siempre que sube al cielo una española,
se olvida Dios, cuando la vé tan bella,
de que él es Dios, y se enamora de ella.

XIV.

No creas á esos viejos sesentones
que dicen que no quieren á una hermosa
porque han perdido ya las ilusiones;
lo que ellos han perdido es otra cosa.

XV.

Murióse cierta vez cierta belleza
y cuando fué autopsiada,
se le encontró vacía la cabeza,
y en el lugar del corazón, la nada.

XVI.

Es quien renuncia á la ilusión, suicida
que renuncia á la suerte, si es que hay suerte,
y coloca el principio de la vida
donde empieza lo real, que es en la muette.

JOSÉ M.^a ALMODOBAR.

¿MONJA Ó CASADA?

En Cádiz, según se cuenta,
vivía una solterona,
aspirante ya á jamona
por frisar en los cuarenta.

Casarse, en verdad, bien pudo
como otras más feas que ella,
mas quiso su mala estrella
que nadie le echase el nudo.

Tuvo novios volanderos,
de esos fogosos que pasan,
mas no de los que se casan
con la humildad de corderos.

Y como, sin vanidad,
no era de piés á cabeza
ni un prodigio de belleza
ni un mónstruo de fealdad,
ver no podía con calma
que otras hallasen pareja
y ella fuese á Villa-Vieja
expuesta á morir con palma.

Teniendo su fin previsto
y despechada en su anhelo,
trató de tomar el velo

de esposa... de Jesucristo.

Mas el paso era atrevido
y de gravedad inmensa,
que donde menos se piensa
suele saltar un marido.

Quiso buscar consultor
de ciencia y saber profundo,
que entre el convento ó el mundo
la dijera: «esto es mejor.»

Y sin mentida lisonja
la aconsejase «hija mía,
«lo que más te convendría
«es ser casada ó ser monja.»

Escogió por consultora
á la Virgen del Rosario,
y dedicó un novenario
á tan alta protectora.

Y ni una tarde siquiera
dejó de entrar á rezarla,
con el fin de preguntarla
por su futura carrera.

—Madre mía idolatrada,—
la decía con fervor—

¿qué me conviene mejor?

¿ser profesa ó ser casada?

Mas como no respondía
la madre, al niño acudió
y tambien le preguntó
con devota hipocresía:

—Niño, ven á iluminarme,
tú que en sus brazos estás:
¿qué me convendría más?

¿meterme monja ó casarme?

Pero el niño, silencioso,
la dejó en zozobra igual
sobre el punto principal
que turbaba su reposo.

Como pobre porfiado
al cabo saca mendrugo
y entre el velo ó sacro yugo
elegir era arriesgado,

—Sé que un milagro será,
mas soy testaruda—dijo—
y bien la madre ó el hijo,
alguno responderá.

Y con más constante empeño

Bida del moro Malo

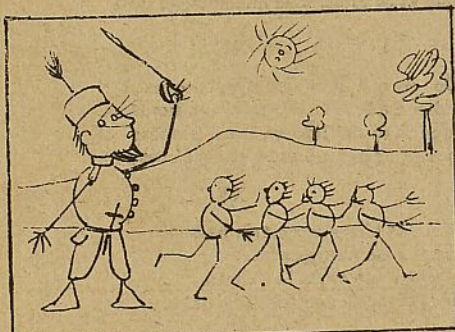
(DEL ÁLBUM DE MI NIÑO)



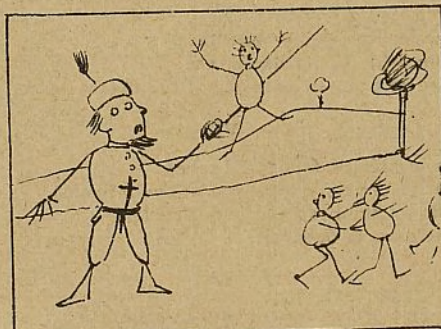
Una vez abia un moro que tenia
una hespada y hera muy feroz



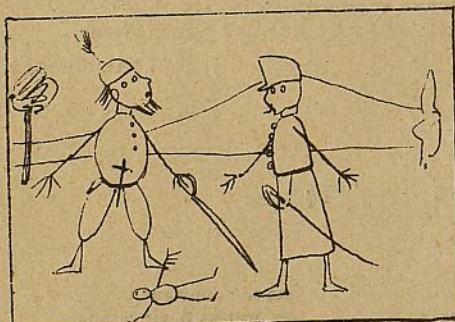
Da los niños se lo rifan



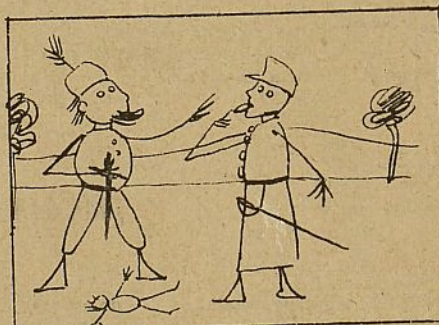
Da le sacan el garibaldi



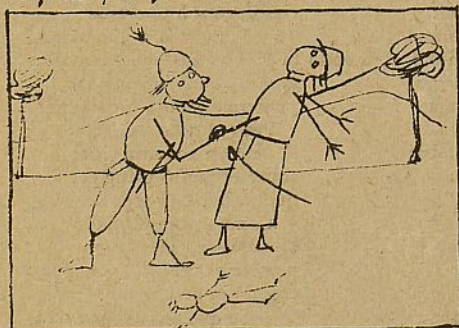
Da mata a humo



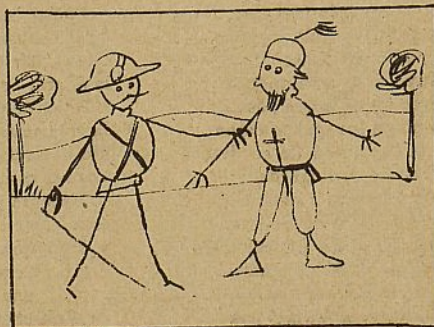
Da lo ve un municipal - Porque á tenido
de matar ese niño? - Porque me á dado
el gusto y la gana - Dase el preso



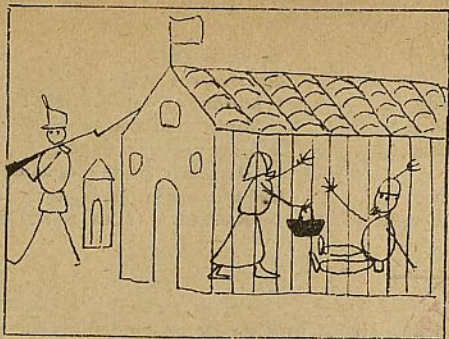
- Quiera ver como cogo el puñal
y lo mato? - Henga!



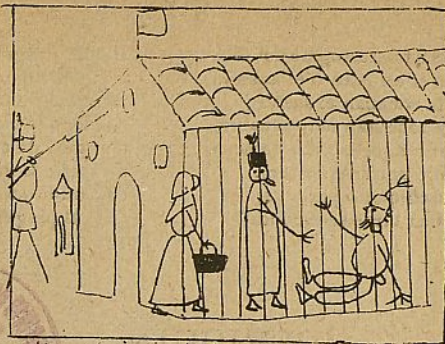
¡ Da la pena!



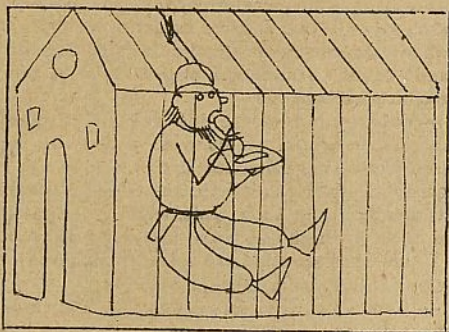
Da lo ve un guarda civil á lo hueste
quien á echo este crimen?
El señor - Valla, valla, pues dase el
preso



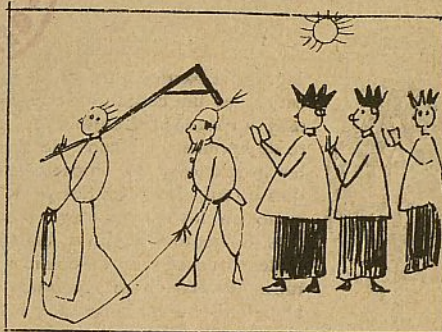
Ma su madre tá a berlo - Hijo mio,
porque nos fénido de matar este Niño?
- Por mi desgracia!!



- Ma el jnes le a condenado y le
pregunté que quihere comer?
- Morcilla.



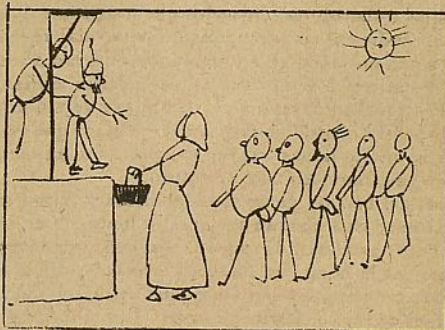
Ma le an dado Morcilla y
se la come



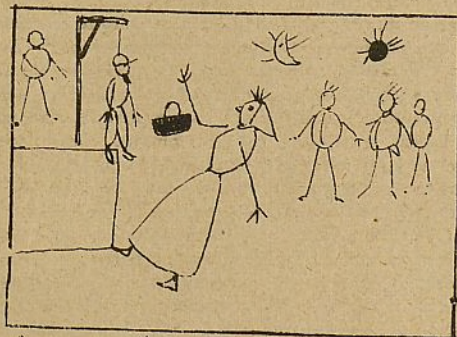
Ma lo ban a arocar con un
una cuerda



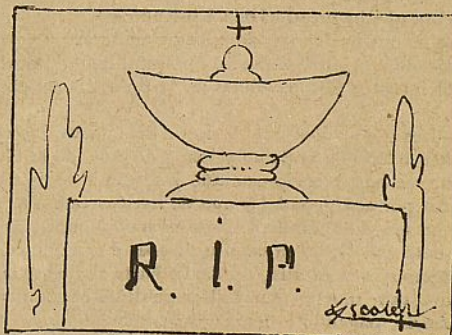
Ya madre le acompaña gri-
tando - Hijo mio!! Hijo mio!!



Ma le ban a fizar.



Ma le an tirado de alto abajo
y que da muerto y su madre se
muere con la Cesta



y aqui da fin la historia del moro Melu
que le mataron en el palo

siguió su interrogatorio sobre el claustro ó el casorio, que la robaban el sueño.

Un sacristán muy tunante, al ver á aquella alma en pena, decidió entrar en escena como chiquillo parlante; y una tarde se escondió

tras la imagen de María, y la petición del día tranquilamente aguardó.

Llegó la cuarentenaria con cara de cuadragésima, á repetir la milésima edición de su plegaria.

Y al preguntar:—¿Qué he de ser,

sierva de Dios ó casada? dijo con voz atiplada el burlón: «Monja, mujer.»

Miró al niño con furor

la beata y gritó al punto:

—Chico, á ti no te pregunto,

sinó á tu madre, ¡hablador!

RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN.

PERIQUIN



legan mi barrio, que en medio del campo es un conjunto de casas no muy apartadas del uniforme concierto de hermosos edificios de Madrid, los gorrones y los chicuelos en los días de sol, las nevattillas y los chicuelos en los días de nieve, y en los días de viento y de lluvia, los angustiados transeúntes, en cómicas actitudes al saltar charcas y lodazales, ó al defenderse del huracán, y los chicuelos, siempre bulliciosos y contentos, llueva, granice ó nieve, ó luzca brillante el sol.

Entre aquella menuda gentecilla, prófugos de la escuela, larvas de todos los oficios, pobre esperanza de familias trabajadoras, chicuelos que desgarran la blusa del aprendiz en las aventuras de una vida revoltosa; niños que no saben si entregarán su libertad á las faenas del taller ó á las hazañas del servicio militar, brilla Periquín, en cuyas manos siempre se veía, ó un canto dispuesto contra la cabeza del primero que se ofreciese al antojo de las iras del muchacho, ó un mendrugo de pan, tan duro como el canto.

Los del barrio, gente toda laboriosa y prosáica, ignorábamos casi siempre que nuestro honor, es decir, que el honor nacional de aquella pequeña agrupación de casas, que la honra, en fin, del Cerro del Aire, se hallaba comprometida; y en tanto que desde el señor Manuel, el cerrajero mecánico, hasta el tío Gindama, vendedor de periódicos, nos hallábamos ocupados los vecinos de la barriada en nuestros respectivos trabajos, atendiendo al antiguo consejo de «zapatero á tus zapatos», alguien velaba por la dignidad patriótica.

¿Para qué ha creado Dios á los héroes?

Aquel corti-calzones, de zapatos agujereados, cabeza destocada y pelona, el ilustre Periquín, había descubierto los intentos maquiavélicos de la triple alianza extranjera.

—Los gomosillos del barrio de Salamanca, los coletas del barrio de la Salud y los pringaos de la Guindalera, se han crecido este año y se van á venir el mejor día por acá; ¡condel y qué de narices vamos á romper; no tenemos dinidad si no les acogotamos; ¡condel ¡me caso con Dios! en cuanto demos en atizar honda y arrempujarles pa allá, no paran hasta el pueblo nuevo y van á salir muchos gomosillos perdidos en *La Corres pondencia*, pagando el hallazgo, ¡condel!

A la verdad, que todos los años Periquín dejaba muy alta la honra y muy alta la fama del Cerro del Aire.

Periquín, además de guerrear, era un valeroso explorador que se llegaba hasta Chamartín de la Rosa, á catar por sí mismo el jugo de las cepas de aquellos

viñedos. Muchas noches dormía en los tejares por el invierno, para ayudar á recoger el hielo en las charcas contiguas y pasarle de matute; por estudiar sin duda las costumbres ó hacer ejercicios de oratoria, apostrofaba á las lavanderas del arroyo, y, por último, ¿quién podría saber de qué audaces excursiones tornaría aquel gran militar, cuando su madre, la señá Simona, bramando de ira y armada con el palo de la escoba, salía á recibirle exclamando:

—Maldito condenao de los demonios, ¿dónde has estao, dónde has estao, que me pudres los higados? Miren y como llega después de tres días; más te valiera, bigardo, deprender un oficio, que entre tu padre y tú vais á enterrarme. Anda, anda, entra y le verás que está con el cuerpo hecho un boto, reventado de vino.

Y tras del discurso, caían sobre Periquín los estacazos que le largaba la robusta matrona.

—¡Condel...—rugía en son de protesta el chico—¡que mace usté daño!

Luego, al entrar en la casa solía darle al padre la mona de la rigidez y la moralidad paternal; el devoto de Baco soltaba algunos soplamocos sobre el fiero Periquín, el cual, con mayor ferocidad, protestaba, al modo que el Cid, cuando su padre hubo de estrujar su mano entre las suyas, para medir su coraje.

Mas los héroes son hechos de una madera bien distinta de la que ha servido para hacer á los demás, si es que las gentes estamos hechas de madera, y ni tormentos, ni castigo, ni prision, dobiegan la salvaje voluntad del muchado, con las rígidas y monótonas cuanto serviles obligaciones de un trabajo rutinario; ni corrompían su alma dispuesta para grandes hechos, con el utilitarismo inmediato y vulgar de miserable ganancia.

Nada puede hacer perder su individualidad á estos poderosos héroes.

II

Un día, á la puerta de la casa de la señá Simona, se hallaba Guelito, un nuevo y asombroso personaje que no llegaba en altura á la mitad de la escoba de la referida vecina; gordinflón y colorado, parecía un canónigo en miniatura, si es que los canónigos convenimos en que pueden servir como símbolo del reposo de ánimo y la obesidad de cuerpo; sólo que Guelito tenía desnudas sus piernas y arremangadas sus faldillas, del modo que no creemos que sea costumbre que arremangue su sotana ó baje sus calzones ningún reverendo; y á vueltas y revueltas que Guelito daba en el suelo, solía mostrar un puntito de rosa no muy limpio y descaramadamente descubierto á la luz del sol.

Guelito era goloso, no hallando nunca satisfacción su golosina; era, en fin, cínicamente perezoso como un Diógenes, y sibarítico como un Epicúreo. Sus golosinas no eran difíciles de satisfacer: bastábase una patata cocida ó un pedazo de pan.

En esto llegó Periquín. Aquel día el héroe se hallaba, sin saber por qué, preocupado; volvía de casa de su camarada Braguillas, al cual se le había muerto un hermanito; Periquín le había visto en la caja, rígido, amarillo, coronado de flores. El señor médico salía de la casa diciendo que de todo tenían la culpa los padres

de Braguillas, que dejaban á los chicos andar descalzos por el agua, el lodo y la arena, y ¿quién puede referir cuantas cosas más dijo el médico áasperamente?

Conociásele en la cara que iba muy enojado.

—¡Conde! ¿qué haces tu ahí?—dijo Periquín al ver á Guelito.—Anda, madre ha salido, han cerrado la puerta y ¡tan dejao solo! ¡Tambien es concencia!

—¡Arrastra! El de la la concencia eres tú. ¡Miren el maldito y con la que sale!—exclamó la señora Simona asomando la cabeza por una ventana, y añadió con tono imperioso:

—Maldito de cocer, estate ahí con el niño; que ya que no trabajes, mejor que estar haciendo granujás por ahí, te vendrá cuidar de Miguelito, que no parece sino que el niño está abandonado.

¡Conde, lo que son los héroes! El nuestro se resignó gustoso, y por la primera vez en su vida se estuvo toda la mañana sentado con el chico á cuestas, apretando la rolliza carita de Guelito contra la suya de pilluelo, pávida y apicarada; y Guelito le batía la cabeza con sus gordiflonas manecitas.

Ambos reían al sol, hasta que, por último, el pequeño, abandonando su cabeza en los brazos de Peri-

quín, y este cantando el rum-rum como una niñera, le fué halagándole el sueño. Bajo las faldillas del niño asomaban dos piecitos robustos, sucios de polvo y de lodo. Periquín quiso, para calentarlos, apretarlos en su mano; estaban muy fríos. A la dulce presión exclamó el niño medio dormido:

—¡Patos!

—¡Recontra! ¡Conde!—murmuró Periquín conmovido, gritando después:—¡Madre! el niño me ha pedido zapatos; el pobrecito tiene los pies como el hielo. ¡Patos! ha dicho. ¡Me caso en diez! gritó como inspirado con una furiosa determinación.—Dende mañana voy á la obra, y majusto de peón. ¡Conde! es una sinvergüencería que el chico esté sin zapatos.

Y mírese de dónde tomó pié para convertirse en uno de esos modestos pólipos que incesante y laboriosamente trabajan en la fabricación de las grandes ciudades, madreporas humanas. y Periquín dejó la guerra y la ventura por el trabajo y el salario. Sensible es que no ande con mucho lustre la guerrera fama del barrio, y que las vecinas naciones nos tengan en poco; pero, en fin, Guelito tiene zapatos.

JOSÉ ZAHONERO.

CHIRIGOTAS

Rogamos á los señores que nos han prometido enviarnos trabajos para el Almanaque, se sirvan remitirlos lo antes posible, pues de lo contrario llegarán fuera de tiempo.

✱

El teatro de Eldorado está de suerte.

La Escandalosa, comedia de Estremera, obtuvo el lunes un éxito tan franco como merecido.

La obra es buena, abundan en ella los chistes y las situaciones cómicas de buena ley y el público ríe grandemente y celebra cada noche el ingenio del autor y la interpretación acabada que obtiene la obra.

En esta (en la interpretación) se distinguieron y se distinguen la Alverá, la Bardo, Isern y Giménez, á los cuales secundan bien los demás actores.

Mi parabien á la empresa y mi felicitación mas calorosa al amigo Estremera.

¡Si vale Vd. más pesetas, Don José!...

✱

Segun leo en la prensa, un doctor, el doctor Jillet, ha tenido la originalísima ocurrencia de llevar, durante 20 años, una contabilidad por partida doble de los besos que ha dado á su mujer y de los que de esta lleva recibidos.

Y segun se desprende de sus asientos, durante el primer año de matrimonio, llegaron los besos ¿saben Vds. á cuántos? ¡A la respetable cantidad de 225.000!

Ustedes pensarán lo que quieran. Yo no envidio al doctor.

Porque dada la respetabilidad de la cifra, besando, besando, no la debe haber quedado tiempo para nada más.

¡Absolutamente para nada más!

✱

Lo que en el presente caso resulta gracioso, es la idea de anotar los besos.

Ya me parece estar viendo la escena.

La mujer.—Dame un beso, monín.

El doctor.—Toma, alma mía.

Ella.—¿Pero á dónde vas tan aprisa?

El.—¡A anotarlos, mujer!

Si se hubiera casado con alguna española que yo conozco ¡no era mal trabajo el que le había caído al célebre doctor!

✱

El sábado se estrena en el teatro Español la zarzuela de gran espectáculo *Colón*.

La obra tiene cuatro actos y 14 cuadros. Para ella, Chia, el escenógrafo reputado, ha pintado una magnífica apoteosis final, que llamará la atención. Ha confeccionado el vestuario la Malatesta y ha estado el atrezzo á cargo de Tarascó.

Con esto y con anunciar á Vdes. que toman parte en la representación, á mas del cuerpo de baile, unas 200 personas, creo que no quedará un habitante en Barcelona que el sábado por la noche no concurra al Español.

Allí irá lo mejorcito de la sociedad, barcelonesa.

Con que... ¡allí nos encontraremos!

CORRESPONDENCIA

Ibo F. G. J.—Barcelona.—Diré á Vd.: eso es inevitable y pasa en esta como en todas las redacciones. Pero conste que en la ocasión presente hemos tenido la culpa nosotros... que ya lo sabíamos.

M. R.—Madrid.—Lo recibí. Gracias. Servirá.

G. P. V.—Zaragoza.—Esos finales inesperados son anodinos y trasnochados.

Un conocido.—Que deja conocer que sabe hacer cosas mejores.

Puros flojos.—Es el soneto suyo muy ripiosillo, señor de Puros.

¡Quién tuviera sus versos en el bolsillo! ¡porque son duros!

E. R. M.—Barcelona.—Joven: ¿sabe Vd. cómo se llama el que hace chiquilladas? Pues... chiquillo. ¿Y el que comete groserías? Grosero. Y el que insulta sin dar la cara, cobarde.

Minotauro.—Agradezco la indicación, pero tiene la idea un defecto capitalísimo. Y es que ya la han puesto en práctica cinco ó seis periódicos.

R. M. L.—Almería.—No, no podemos admitir dibujos.

J. L.—Barcelona.—Vaya, que está de Dios que Vd. no colabore este año en el almanaque. Es floja, muy floja.

J. C. V.—Sol.—*Ataulfo*.—*Poborilla*.—*L. E.*—*E. U.*—*Un primerizo*.—*J. C. V.*—*Pompeya*.—*M. del V.*—*T. V. O.* (Barcelona).—*C. R.* (Orense).—*J. C.* (Valencia).—*M. G. M.*—*Un gorrión zurdo*.—*E. L.*—*E. Said et Fanny* y *A. M. C.* (Madrid).—*E. P.* y *G.*—*V. So-*

so.—*K. Racoles* (Gracia) y *J. A. C.* (Barcelona).—No podemos publicarlas. Y perdonenme Vdes. si no digo por qué.

¿Que si quedan cartas por contestar? ¡Un montón!

Imp. Militar y Comercial.—Arco del Teatro, 9 (pasaje).



Araña graciosa y bella
 que su tela arma y enrosca,
 para ver si hay una mosca
 que quiera enredarse en ella

Litografía de N. Miralles.—Unión 17.—Teléfono 1091.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid